
TEOLOGÍA MORAL Y ESPIRITUAL

Ángel PÉREZ-LÓPEZ, *Priestly Formation in the Human Virtues, I: The Priest as a Man of Justice*, Charlotte: TAN Books, 2016, 326 pp., 15,5 x 23, ISBN 978-1-5051-0703-6.

Presentamos el primer volumen de una serie de cuatro libros que conformarán todo un programa de formación sacerdotal de acuerdo con las cuatro virtudes cardinales. El primero de estos volúmenes versa sobre la justicia, mientras que se nos promete la próxima aparición de otro sobre la templanza, otro sobre la fortaleza y, finalmente, un último sobre la prudencia (p. 16). El profesor Pérez-López, presbítero, pese a haber nacido en España, enseña en el seminario de san Juan María Vianney de Denver desde hace años, donde también es formador. Por razón de este encargo pastoral, ha acometido la faena de estructurar un plan de formación humana para seminaristas mediante la elaboración de este material que, pese a su gran versatilidad práctica, su estilo ágil y asequible, goza también de gran profundidad e incluso es atendible para el especialista en teología moral y espiritual. De hecho, constituye un verdadero tratado de moral –o, si se prefiere, espiritualidad– sacerdotal que no solo será de interés para la formación en los seminarios sino también para cualquier presbítero en su personal tarea de autoformación (p. 11).

Pérez-López se define a sí mismo como «un discípulo de santo Tomás, gracias a la mediación del Papa san Juan Pablo II»

(p. 7). De hecho, el libro constituye una exposición selectiva de las cuestiones de la *Secunda Secundae* más pertinentes para la formación sacerdotal y la vida de los presbíteros. La lectura Wojtyliana de santo Tomás ha ayudado al autor a desplegar el cristocentrismo y la primacía del don de sí que están implícitos en santo Tomás y no siempre resultan evidentes ante una consideración superficial de la *Summa*. Para sacar a la luz estos aspectos, echa mano en muchas ocasiones de los comentarios bíblicos del Aquinate. De este modo, ante el lector es exhibida la espiritualidad vibrante y vital encerrada en las páginas del santo Doctor, que habla al hombre contemporáneo con sorprendente actualidad. Esto se debe también en parte a que Pérez-López, pese a la primacía que concede a santo Tomás, no duda en valerse de muchas otras fuentes, de manera que en sus páginas toman la palabra desde san Ignacio de Loyola y san Juan de la Cruz hasta Pieper, Millán-Puelles o Von Hildebrand, sin olvidar a los Padres de la Iglesia. También se hace frecuente uso de abundante literatura secundaria para entender la moral cristiana y en particular a santo Tomás, pero esto no supone en ningún momento que el discurso se torne pedante ni excesivamente académico. En definitiva, se satisface al docto sin cansar al novicio.

Este primer libro está compuesto de ocho partes. Comienza con una introducción sobre la formación en las virtudes, en la que se indica que esta consiste en la plenitud de la condición humana. Como había dicho antes, el propósito de Pérez-López es «mostrar que, creciendo en virtud, los seminaristas afirmarán libremente su propia identidad humana y varonil, tal como ha sido revelada en último término en Cristo, llevándola a su perfección» (p. 4). También se insiste en el cristocentrismo de las virtudes pues, en Cristo, sobre todo en su Cruz, se encuentra el modelo de la plenitud humana y, por tanto, de la humanidad que ha de reproducir un sacerdote. La caridad es, en consecuencia, la virtud principal que animará y llevará a su máximo desarrollo las virtudes humanas, que tienen en la gracia su fuente.

A continuación, siguen siete capítulos en los que se tratan ciertas virtudes del ámbito de la justicia: la gratitud y la misericordia, la justicia en cuanto tal, la amistad y la afabilidad, la veracidad y el autoconocimiento en Cristo, la observancia y la obediencia, la religión y la piedad y, por último, la liberalidad. Como se puede observar enseguida, el título del libro, que quizá pueda resultar algo curioso a primera vista, está plenamente justificado: considerar la justicia en la vida del sacerdote va a estar íntimamente ligado con tópicos característicos de la espiritualidad sacerdotal como la obediencia, la vida de oración o la pobreza, por no mencionar la importancia que tiene la amistad para vivir tanto el celo apostólico como la fraternidad sacerdotal.

Cada uno de los capítulos está organizado con la misma estructura, de manera que el libro pueda ser empleado como unos «ejercicios espirituales» en los que, con la ayuda de un Director Espiritual, los interesados puedan examinarse a sí mismos y reformar la vida. Siempre se comienza explicando la importancia de la virtud en cuestión para la formación y la vida sacer-

dotes, acabando con ciertas preguntas para ayudar a hacer ver cuán deletéreos efectos podría tener la carencia de esa virtud y cuánto bien podría aportar el gozar de ella a la vida del seminarista o a la futura vida sacerdotal. Después, se explican algunos rasgos de cada virtud, no de la manera científica que convendría a un tratado de moral, sino con el objetivo de «mostrar qué actos concretos cooperan al crecimiento de esa virtud y por qué, así como qué actos concretos eliminan los obstáculos principales que impiden tal crecimiento y por qué» (p. 12). Esta finalidad práctica inspira las «preguntas de examen de conciencia» con que acaba cada capítulo, de manera que el desarrollo sistemático pueda ser utilizado para la reforma de vida que pretende el libro.

Saludamos la aparición de este útil y enjundioso libro que puede ayudar no poco a la labor educativa de los seminarios. Curiosamente, ha sido publicado tan solo unos meses antes de la nueva *Ratio* para la formación sacerdotal. Allí se nos recuerda: «Durante el proceso de la formación sacerdotal nunca se insistirá suficientemente sobre la importancia de la formación humana; la santidad de un presbítero, de hecho, se injerta en ella y depende, en gran parte, de su autenticidad y de su madurez humana. La carencia de una personalidad bien estructurada y equilibrada se constituye en un serio y objetivo impedimento para la continuidad de la formación para el sacerdocio. Por este motivo, los seminaristas se habituarán a educar su carácter, crecerán en la fortaleza de ánimo y, en general, aprenderán las virtudes humanas» (n. 63). Ojalá este libro tenga buena acogida en los seminarios, también en los de habla española, pues contribuirá de seguro, en no pequeña medida, a hacer real y eficaz este deseado crecimiento en las virtudes. No vendría mal, pues, una traducción a nuestra lengua.

David TORRIJOS